

INTRODUCCIÓN

MEDIACIÓN EN LA NECROPOLÍTICA Y LA BIOPOLÍTICA: PRODUCIENDO EL *HOMO ECONOMICUS* NEOLIBERAL Y DESECHABLE

Ariadna ESTÉVEZ*

El sujeto y no el poder fue el interés de Foucault al hacer sus investigaciones, pero dado que ambos están tan irremediablemente unidos, sus investigaciones terminaron siendo sobre las modalidades de objetivación del poder mediante las cuales los seres humanos se convierten en sujetos. Según él, hay tres de estas modalidades: 1) las formas de investigación que denominamos ciencias y con las cuales los individuos se convierten en el sujeto de la productividad en la economía; 2) las prácticas divisorias mediante las cuales el sujeto es dividido dentro de su propio cuerpo o se le divide de otros, y 3) cómo los seres humanos se convierten a sí mismos en sujetos (Foucault, 1988).

Lo que interesa en este libro es analizar cómo los medios de comunicación, tanto los tradicionales como los denominados nuevos, se constituyen en modalidades de objetivación que hacen que los sujetos se conviertan en una (bio)parte de la economía; se les criminalice para dividirlos del resto de la sociedad, y se identifiquen a sí mismos como parte del engranaje de la economía neoliberal y criminal. Los medios así entendidos son parte fundamental del régimen de subjetividad biopolítica y necropolítica en México. Según Mbembe, un régimen de subjetividad es:

...el ensamblaje compartido de configuraciones imaginarias de “lo cotidiano”, imaginarios que tienen una base material; y sistemas de entendimiento a los que la gente refiere para construir una idea más o menos clara de diversos fenómenos y sus efectos, para determinar lo que es posible y factible, así como las lógicas de acción eficaz. De forma más general, un régimen de subjetivi-

* Investigadora en el Centro de Investigaciones sobre América del Norte de la UNAM.
E-mail: aestavez@unam.mx.

dad es un ensamblaje de formas de vida, representación y experiencia de la contemporaneidad, al tiempo que inscribe esta experiencia en la mentalidad, entendimiento y lenguaje de un tiempo histórico (Mbembe, 1995: 324).

El objetivo es, pues, analizar las subjetividades que surgen de los poderes de regular y administrar la vida a través de la mediación digital, televisiva, literaria y periodística, en un país como México, donde la biopolítica algorítmica, el trabajo inmaterial y las subjetividades necropolíticas se juntan para reproducir regímenes de subjetividad marcados por la violencia, el machismo, el narcotráfico y la explotación y la subordinación a Estados Unidos. Se examinarán las distintas identidades del régimen de subjetividad biopolítica y necropolítica que son producto o reflejo de la mediación digital y mediática. Antes de describir los capítulos que lo componen y cómo y dónde se insertan sus hallazgos en el régimen de subjetividad biopolítica y necropolítica mexicana, es necesario definir el papel y la relación del sujeto con el poder, según el pensamiento de Foucault, para posteriormente caracterizarlo en las instancias específicas del biopoder y el necropoder.

I. LA SUBJETIVIDAD BIOPOLÍTICA

Según Foucault, en la biopolítica el sujeto por antonomasia es el *homo economicus*, pero no el del liberalismo inglés, sino uno puramente neoliberal que surge a raíz de la teoría del capital humano, que es una lectura neoliberal del rol del trabajo en la reproducción del capital. El interés del neoliberalismo en el trabajo no sólo incorporó la parte faltante de su enfoque a la producción económica —a la tierra y el capital le estaba faltando el empleo—, sino que hizo de la conducta humana un objeto del estudio económico. Sin embargo, para los neoliberales el empleo no es una categoría abstracta —como ocurre en el marxismo—, sino una decisión racional que hacen los individuos para ubicar recursos escasos. El trabajo se considera una conducta económica que es practicada, implementada y calculada por la persona que trabaja (Foucault, 2004: 216-237).

De esta forma, y si se considera, como hacen los neoliberales, que el capital es todo aquello que es fuente de ingreso futuro, el salario es el ingreso generado por el capital humano, el cual se conforma por todos los factores físicos y psicológicos que permiten a alguien ganarse un salario. Tiene elementos biológicos, pero también requiere de inversión en educación y movilidad (por ejemplo, la decisión de migrar). Desde el punto de vista del trabajador, su trabajo es su propio capital, una habilidad, una destreza que

es inseparable de la persona que la posee. El carácter inherente del capital humano hace evidente que las personas son en sí mismas máquinas que no pueden ser alienadas, lo cual es la base del análisis político y de la lucha de clases del marxismo. Por el contrario, el ser humano visto como máquina significa que produce ganancias, lo cual es en sí mismo el negocio. La humana es una sociedad y una economía de unidades que funcionan como negocios autoproduktivos. El *homo economicus* del neoliberalismo es entonces un empresario de sí mismo, y él mismo es su propio capital, productor, fuente de ganancias y generador de su propia satisfacción. El nuevo *homo economicus* es a la vez consumidor y productor (Foucault, 2004: 216-237).

El empresario de sí mismo como subjetividad fundamental de la biopolítica es lo mismo el *hipster* creativo que el periodista *freelancer*, el académico *super-star*, el conferencista de *TED-Talks*, el *crack futbolero*, el *YouTuber* y *twittero trendy*, e incluso las amas de casa que venden productos de belleza y manualidades en *Facebook* y las personas que ponen sus casas a rentar en el *Airbnb*. Recientemente se han hecho estudios de las diversas instanciaciones del sujeto neoliberal o biopolítico, como aquel que se hace sujeto de derechos humanos o el que se endeuda (Saidel, 2016), o el que se hace un promotor del mercado del *fitness* (Costa, 2008).

El *homo economicus* puede ser hombre o mujer, por supuesto, pero cuando se reflexiona en *homo economicus* de gran influencia, tales como el propio presidente de Estados Unidos, Donald Trump, u otros empresarios de corporaciones globales que tienen el control de la bioeconomía tecnológica como la describiremos más abajo, no está de más reparar en la masculinidad de este sujeto, que es la versión más neoliberalizada de la masculinidad hegemónica. Raewyn Connell dice que la masculinidad no refiere a los hombres como entidades biológicas sino a prácticas que constituyen formas de ser hombre, y son el producto de un sistema de relaciones de género (cómo se relacionan hombres y mujeres), en particular: 1) las relaciones de poder, o quién subordina a quien; 2) las relaciones de producción económica, es decir, la división genérica del trabajo; 3) el vínculo emocional, y 4) el deseo sexual vinculado a lo emocional. En la masculinidad hegemónica, las relaciones de género se distinguen porque las mujeres se encuentran subordinadas a los hombres en las esferas pública y privada; las mujeres son vistas como sujetos de la vida privada o el hogar; a las mujeres se les vincula al amor romántico, mientras que a los hombres se les impulsa a la depredación sexual, y existe sexo coercitivo y hay desigualdad en el placer (Connell, 2015).

A esta definición de Connell yo agregaría que dentro de las relaciones de poder de la masculinidad existen también elementos de clase y raza tanto en la relación hombre-mujer como hombre-hombre —lo que se conoce en

la teoría feminista como interseccionalidad—. Acerca de la primera, puede existir una racialización sexual en la que la cosificación afecte a ciertos tipos de mujeres más que a otras —la hipersexualización de las mujeres negras, por ejemplo— o un dominio de clase —el tráfico y trata sexual de mujeres pobres e indígenas—. En cuanto a la segunda, existe una jerarquía de clase y raza en la que los hombres blancos están por arriba de los hombres blancos homosexuales, y éstos (posiblemente) por encima de los hombres negros e indígenas, y éstos arriba de los afrodescendientes e indígenas pobres, y éstos por encima de los de su raza pero gays, etcétera.

La masculinidad hegemónica no es una atribución fija, es la masculinidad que ocupa la posición dominante en un modelo dado de relaciones de género, una posición siempre disputable. Es la configuración de práctica genérica que encarna la respuesta corrientemente aceptada al problema de legitimidad del patriarcado la que garantiza la posición dominante de los hombres y la subordinación de mujeres. La masculinidad es hegemónica si hay correspondencia entre ideal cultural y poder institucional, si es colectiva (Connell, 2015).

La masculinidad hegemónica del *homo economicus* es la que Connell denomina masculinidad corporativa, y que es la que refuerza agresivamente los elementos más nocivos de la masculinidad hegemónica. Ésta se caracteriza por: 1) un enfoque en el logro competitivo y un cierto carácter despiadado para conseguir sus metas personales y corporativas (los negocios son un bien mayor, por encima del trabajo); 2) trabajar largas jornadas bajo alta presión es valorado e incluso esencial, y 3) las relaciones personales, cultura, comunidad e hijos e hijas son aislados en un mundo privado y privatizado de esposas, novias, empleadas cuidadoras; el desprecio a los que no logran destacar en el sistema competitivo (Connell, 2013; Connell, 2015).

II. LA SUBJETIVIDAD NECROPOLÍTICA

El *homo economicus* también tiene su proyección distópica y de sombra, ilegal e incluso criminal, porque ¿qué pasa con todos aquellos individuos que desecha el neoliberalismo, las personas que no tienen ni las oportunidades ni el ingreso para invertir en su propio capital humano, que no tienen un doctorado en Inglaterra o un socio del Tec de Monterrey que les financie su diseño o la remodelación de su *depa* en una colonia *hipster* para ofertarlo en *Airbnb*? El *homo economicus desechado* también puede tomar la decisión de migrar, posiblemente de forma indocumentada, pero también puede optar o verse conducido a optar por una carrera en la economía de muerte, volviéndose sujeto y

objeto del poder de administrar muerte, invirtiendo en un tipo de capital que va desde el manejo de armas hasta el odio, el sufrimiento y la deshumanización. El *sicario*, el *capo* y el *halcón* son *homo economicus* necropolíticos.

En 1992 Achille Mbembe, a quien se le atribuye el concepto de necropolítica, decía que la subjetividad estaba siendo transformada por la violencia que se generaba a raíz del adelgazamiento neoliberal del Estado y su consecuente retiro de los servicios públicos y la seguridad social, y el *entrepreneurship* de burócratas que vendían servicios al mejor postor, o los mercenarios que se alquilaban para la guerra. Esta crisis social se reflejaba como una crisis del sujeto que en sí misma producía violencia (Mbembe, 1995: 327). Ya en el siglo XXI expresó las diferencias del poder que generaban estas divergencias en la subjetividad neoliberal del primer y tercer mundo. Mbembe (2011) empezó a hablar de necropolítica. Para él la biopolítica no es suficiente para entender cómo la vida se subordina al poder de la muerte en África. Afirma que la proliferación de armas y la existencia de mundos de muerte —lugares donde las personas se encuentran tan marginadas que en realidad viven como muertos vivientes— son un indicador de que existe una política de la muerte (necropolítica) en lugar de una política de la vida (biopolítica) como la entiende Foucault (Mbembe, 2011). Mbembe examina cómo el derecho soberano de matar se reformula en las sociedades donde el estado de excepción es permanente.

Según Mbembe, en un estado sistemático de emergencia el poder se refiere y apela constantemente a la excepción y a una idea ficticia del enemigo. Mbembe afirma que el esclavismo y el colonialismo en África y en Palestina han sido el producto de la política de la vida, aunque estas tragedias humanas de la modernidad han sido ignoradas en las lecturas históricas del biopoder. Las milicias urbanas, los ejércitos privados y las policías de seguridad privada tienen también acceso a las técnicas y prácticas de muerte. La proliferación de entidades necroempoderadas, junto con el acceso generalizado a tecnologías sofisticadas de destrucción y las consecuencias de las políticas socioeconómicas neoliberales, hace que los campos de concentración, los guetos y las plantaciones se conviertan en aparatos disciplinarios innecesarios porque son fácilmente sustituidos por la masacre, una tecnología del necropoder que puede ejecutarse en cualquier lugar y en cualquier momento (Mbembe, 2011).

Pero Mbembe no profundizó en la subjetividad necropolítica. Es a Sayak Valencia (2010) a quien le debemos la conceptualización del sujeto de la necropolítica, el *homo economicus* distópico. Ella lo llama el “sujeto endriago”. El Endriago es un personaje mítico del libro *Amadís de Gaula*, el cual pertenece a la literatura medieval española. El Endriago es un monstruo, un

híbrido que conjuga hombre, hidra y dragón; es una bestia de gran altura, fuerte y ágil que habita tierras infernales y produce un gran temor entre sus enemigos. Valencia adopta el término Endriago para conceptualizar a los hombres que utilizan la violencia como medio de supervivencia, mecanismo de autoafirmación, y herramienta de trabajo. Los endriagos no sólo matan y torturan por dinero, sino que también buscan dignidad y autoafirmación a través de una lógica “kamikaze”. Valencia afirma que dadas las condiciones sociales y culturales imperantes en México no debería ser una sorpresa que los endriagos usen prácticas *gore* para satisfacer sus demandas consumistas, ya que con ello subvierten la sensación de fracaso causada por la frustración material (Valencia, 2010).

Para Valencia el Endriago es la subjetividad disidente del neoliberalismo, pero no significa que sea una resistencia legítima: los endriagos siguen siendo hombres de negocios que toman el neoliberalismo hasta sus últimas consecuencias, resistiendo el Estado neoliberal pero de una manera distópica. Según Valencia, el Endriago no se opone al Estado como tal, sino que quiere reemplazarlo en sus funciones biopolíticas de control de la población, el territorio y la seguridad, a través de las técnicas y tácticas de dominación *gore* (Valencia, 2010). Las relaciones de necropoder actúan para inducir a los endriagos a necroprácticas que se ofrecen en el biomercado, las opciones “laborales” que quedan para quienes no pueden afirmarse identitariamente en la economía “legal”.

Tres factores sostienen socialmente al sujeto Endriago: las presiones del mercado, los medios de comunicación y la masculinidad hegemónica, mismos que en este libro se interpretan como técnicas de producción, de significación y de dominación que permiten al necropoder mantener sus dispositivos y estrategias, es decir, la guerra contra el narcotráfico y la militarización, respectivamente. En primer lugar, sobre las presiones del mercado, los sujetos no son ya una parte externa de los mercados, sino una interna mediante la cual el consumo define y determina sus subjetividades. El mercado se convierte en un *biomercado*. No debe sorprender entonces que el biomercado incluya también los mercados *gore*, los cuales ofrecen las mercancías y los servicios asociados al necropoder, como las drogas ilegales, la violencia, el asesinato y el tráfico de órganos humanos y de las mujeres y niñas con fines de esclavitud sexual. Valencia dice que estos varones no quieren perder su rol de proveedores y dominadores de mujeres y están dispuestos a alquilar sus cuerpos a la prestación de servicios *gore*, que abarcan: asesinatos, feminicidios, secuestros, desapariciones, tortura, extracción de órganos de sujetos vivos, tráfico y esclavitud laboral y sexual de niñas, niños y mujeres (Valencia, 2010).

En segundo lugar, el régimen heteropatriarcal juega un papel clave en el necropoder porque las masculinidades marginadas hacen atractiva la idea del Endriago. Debido a que no tienen acceso a empleos legales significativos ni oportunidades, los sujetos masculinos marginados necesitan resignificarse a través de medios alternativos, y los dispositivos del necropoder resultan atractivos. La subjetividad del Endriago es en parte posible gracias al patriarcado y los patrones de conducta del tipo de masculinidad hegemónica y violenta. Finalmente, según Valencia, la masculinidad del sujeto Endriago se legitima a través de los medios de comunicación. A esto volveré en el siguiente apartado.

III. LA MEDIACIÓN EN EL RÉGIMEN DE SUBJETIVIDAD BIOPOLÍTICA Y NECROPOLÍTICA

En los dos apartados anteriores vimos cómo se configuran las subjetividades en el régimen biopolítico y necropolítico, pero falta ver cómo y con qué consecuencias son objetivados a través de los medios de comunicación, es decir, cómo son mediados. Kember y Zylinska sugieren que la tecnología de los medios de comunicación siempre ha sido parte del sujeto social, y cumple la función de mediar su relación con la vida económica, social y cultural. Para analizar esto proponen el concepto de *mediación*, que entraña el supuesto axiomático de que desde que empezó a usar tecnología, el sujeto social se ha transformado a sí mismo con su uso, forma y contenidos. Mediación es el proceso originario del surgimiento de los medios, en el que las tecnologías son estabilizaciones en marcha de los flujos mediáticos (Kember y Zylinska, 2015: 21), y sirve para hablar de los nuevos medios en el contexto de continuidad y cambio, y no en un trayecto lineal de antecedentes. El punto de la mediación es analizar lo que emerge de los procesos de cambio tecnológico y lo que está siendo mediado (Kember y Zylinska, 2015: 11).

La mediación es un concepto que sirve para apreciar la instanciación de modalidades de objetivación, tales como las plataformas de *video en streaming* para el consumo de productos culturales, pues permite evaluar los efectos simultáneos del medio y el producto cultural. La aparición de plataformas como Netflix, Amazon Prime, Vevo o Hulu, entre otras, ha hecho más accesible y flexible el consumo de programas y películas, y ha cambiado incluso la oferta de la televisión tradicional (Orozco, 2016). Asimismo, sirve para analizar la autopromoción de diversos tipos de *homo economicus* —emprendedores y empresarios de sí mismos— en Twitter, YouTube y Facebook como parte biológica de economías legales, ilegales y de muerte.

Para Sayak Valencia, estas modalidades de subjetivación son medios de propagación de lo que ella denomina el “régimen *live*”, el cual describe como

...aquel que se basa en la fabricación/suplantación de la realidad a través de los dispositivos visuales (desafiando y re-elaborando el régimen de verdad) y cuyas principales características son: la eliminación visual de la división público-privado, la reificación del tiempo como algo sin duración (pura adrenalina, instantaneidad y desmemoria), la cosmetización extrema de las imágenes y su despolitización crítica. En dicho régimen ya no se representa la realidad sino que se produce directamente, es decir, el régimen *live* es de orden psicopolítico y está engarzado a la producción de algoritmos e información que puede ser rentabilizada en múltiples formas, lo cual es propio de la minería de datos y el Big Data (Valencia, 2018: 2).

Aun cuando el concepto de régimen *live* es muy potente para entender la función general de los medios digitales, creemos que el de mediación es más funcional para analizar las modalidades de objetivación ya mencionadas —el sujeto como bioparte del mercado; la separación de individuos patologizados de los “normales”, y la forma en que el sujeto se hace sujeto de la biopolítica y la necropolítica— a través de los medios. Kember y Zylinska proponen algunos ejes de análisis para ponderar estas modalidades que ellas denominan “implicaciones éticas de la mediación”, que en los enfoques más estructuralistas sería llanamente la explotación del trabajo inmaterial (Prassl, 2018; Rose y Spencer, 2016). El primer eje —que se conecta con la modalidad de objetivación mediante la cual los sujetos se integran orgánica y biológicamente al mercado— es la biopolítica algorítmica, que tiene que ver justamente con lo que Hardt y Negri (en Rose y Spencer, 2016) definieron como trabajo inmaterial, es decir, el trabajo que produce bienes intangibles que son centrales a la economía neoliberal, tales como información, conocimiento, ideas, imágenes, relaciones y afectos, y en ese trance convierten a los sujetos que los producen en parte integral de la economía (en Rose y Spencer, 2016). Como se verá en el capítulo segundo, este eje de análisis de la mediación tiene también su lado ilegal o criminal. Los sujetos endriagos también acceden a plataformas digitales como Facebook, en las cuales los sujetos necroempoderados hacen *marketing* de su imagen como sicarios y a la vez venden servicios de muerte y reclutan personas para la economía ilegal.

El segundo es la política económica de los nuevos medios, la cual se refiere a la ubicación de los sujetos humanos y no humanos en el proceso económico. Otros la llaman la economía *Uber* o de *concierto*, por su centralidad en la creación y uso de *apps* que conectan en línea a consumidores, negocios

y trabajadores, y por ser como un concierto de rock en el que el artista da un *show* y no tiene mayor compromiso con sus espectadores después de él. En esta economía, como si se tratara de una *lucha de clases 2.0*, las clases medias y altas usan *apps* para comprar servicios, pero esos servicios son los mismos sujetos precarizados que operan la tecnología y producen los algoritmos que aquellos adquieren; esto constituye una paradoja porque los sujetos-servicio son también los sujetos-trabajadores (Prassl, 2018). La línea entre este eje y el anterior es tenue —si no es que inexistente— para entender la modalidad de objetivación del biomercado.

Además de estos dos ejes, para los fines del régimen de subjetividad necropolítica habría que agregar otros dos: la producción y patologización de subjetividades endriagas para su criminalización y eventual conducción a momentos y prácticas de muerte, y la legitimación y glamurización de masculinidades violentas o necropolíticas. Respecto de la fabricación de subjetividades endriagas, la atribución de una subjetividad endriaga a algunos grupos poblacionales como los jóvenes y los niños tienen como finalidad deshumanizarlos, separarlos de la población normal de conducta humana y moral. Sobre la legitimización de masculinidades violentas, cada vez más programas de televisión, películas, videojuegos, moda y diseño exaltan la violencia industrial, la subjetividad del Endriago y el necropoder. Las series de televisión *Los Soprano*, *Breaking Bad* y *Narcos*, así como las películas *Rockanrolla*, *Snatch* y *Sicario* son un buen ejemplo de ello. Los gánsteres y los sicarios —endriagos— se convierten en celebridades y por consiguiente, en modelos a seguir. La fabricación mediática de sujetos endriagos ficticios o reales para su estigmatización o legitimación es resultado de la modalidad de objetivación mediante la cual el sujeto proyecta su propia identidad o sus aspiraciones en las dinámicas del biopoder y el necropoder.

Lo que indican estos cuatro ejes de análisis ético de la mediación que se corresponden con las diversas modalidades de objetivación es que examinar la reproducción del régimen de subjetividad biopolítica y necropolítica en la mediación es clave si queremos entender las consecuencias e implicaciones sociales que tienen los medios digitales en la producción de sujetos sociales que se vuelven biopartes del engranaje neoliberal y ejecutores privados de la soberanía en una política de muerte. Como lo sugiere el filósofo camerunés Achille Mbembe, los nuevos medios y el sujeto son la misma cosa: “La era computacional (la era de Facebook, Instagram, Twitter) está dominada por la idea de que hay pizarras limpias en el inconsciente. Los nuevos medios no sólo han levantado la tapa que las épocas culturales anteriores habían puesto en el inconsciente. Los nuevos medios se han convertido en las nuevas infraestructuras del inconsciente” (Mbembe, 2016).

IV. ESTRUCTURA DEL LIBRO

Los capítulos que componen el libro son análisis de las instanciaciones mediáticas de las modalidades de objetivación del biopoder y el necropoder, es decir, casos que pueden ser examinados en la perspectiva ética del análisis de la mediación. Bajo el primer eje ético, el de la biopolítica algorítmica, que también corresponde a las modalidades de la bioeconomía y la forma en que los sujetos se hacen sujetos del biopoder y el necropoder, está el capítulo primero, “Bioalgoritmos y el camino a *Roma* (de Cuarón): audiencias creadas para un cine mexicano en extinción”, de Sandra Loewe. Ella examina cómo la gubernamentabilidad neoliberal establecida con el TLCAN en México conformó una hegemonía cultural de consumo audiovisual importante, al eliminar el consumo de la cinematografía nacional y dejar la producción de ésta en manos del Estado.

Internet se convirtió en un espacio para que las producciones cinematográficas obtengan un segundo visionado dentro de las diversas plataformas que hospedan audiovisual, así como ingresos económicos mediante la monetización; sin embargo, la falta de estrategias de difusión en este medio y los algoritmos programados para los motores de búsqueda colocan a estas producciones al consumo de nichos específicos que no logran competir contra las estrategias digitales implementadas por las empresas de distribución norteamericanas. Este ensayo se concentra en el análisis de la construcción de audiencias digitales dentro de Internet, su consumo y los espacios que se han otorgado dentro de este medio para la cinematografía nacional a través de los algoritmos como flujos de efectivo dentro del neoliberalismo. Analiza como estudio de caso la película *Roma*, de Alfonso Cuarón (2018), que fue un éxito en taquilla y en Netflix gracias a su estrategia de distribución.

En el segundo eje, el de la política económica de los nuevos medios, que corresponde a las mismas modalidades de objetivación mencionadas arriba, está el capítulo segundo, “Subjetividades necropolíticas 2.0: la narco-*selfie*” de Fernando Gutiérrez Champion. Él examina cómo los sujetos endriagos reproducen la economía criminal a través de la promoción de su imagen como una inversión en capital humano criminal. Con base en el concepto de *narcomáquina* y la *selfie* como dispositivo, Gutiérrez Champion argumenta que el narco utiliza plataformas digitales 2.0 como Facebook para comunicar, popularizar y reproducir subjetividades necropolíticas para operar la *narcomáquina*, convirtiéndose la narco-*selfie* en una parte integral del dispositivo cultural a través del cual el narco se ha convertido en una forma y un estilo de vida que ha logrado permear distintas capas de la vida social en México.

En el tercer eje, el de la fabricación de endriagos para su deshumanización, que se corresponde con la modalidad en la que los sujetos sanos se separan de los patológicos, están dos capítulos que abordan temas dolorosos. El primero es el capítulo tercero, “*El señor de las moscas*: cuando los niños juegan en estado de excepción”, de Martín Gabriel Reyes Pérez. Allí el autor aborda la emergencia de un acontecimiento disruptivo: homicidios y torturas cometidos por niños sicarios o que aspiran a serlo. La perplejidad que han provocado estos acontecimientos, a nivel de la opinión pública pero también en el ámbito intelectual, se evidencia en la inadecuación de las categorías mediante las cuales se intenta dar cuenta de los resortes íntimos de estos actos, lo que obliga a modificar la concepción de la infancia, del juego, e incluso de la violencia misma. Se centra en el análisis de uno de estos hechos: la tortura y muerte de un niño de seis años, Christopher Raymundo, a manos de cinco adolescentes durante un “juego” de secuestro. Las coordenadas de este crimen se trazan recurriendo a la novela de Golding: *El señor de las moscas*, en el que se presenta la ficción de un juego de niños que, enfrentados a las exigencias de la supervivencia, termina asesinando también a otros niños. En ambos casos opera la cesura biopolítica que instaura al animal en el hombre. La singularidad del caso que analiza estriba en ese hecho: que el espacio de la ilusión propia del juego colapsa en la brecha antropológica, de ahí la pertinencia de preguntarse en qué medida la violencia que se vive en México revela la instauración de esta cesura en la cotidianidad, en el espacio público y en el juego de los niños. Así, los niños que consideran aquí ofrecen un caso de subjetividades endriagas, quienes se (necro) empoderan al esperar ser reclutados como sicarios, y en quienes se ha trastocado radicalmente el espacio transicional en el que, según Winnicott, se despliega el juego del niño y, en general, la cultura como creación de novedad.

El segundo es el capítulo cuarto, “Mecánica del sufrimiento y naturalización de la muerte violenta: imágenes del *juvenicidio* en la prensa veracruzana”, de Diana Alejandra Silva Londoño. Ella analiza las fotografías que registran el homicidio de jóvenes publicadas en las secciones de “nota roja” de dos de los diarios con mayor circulación en la capital de Veracruz (2015-2016). A través de este análisis se examina el modo en que se tematiza la violencia hacia los jóvenes en dicho estado. Se muestra cómo a través del lenguaje audiovisual se construye un marco de sentido que diferencia aquellas vidas que son consideradas humanas, y por tanto dignas de duelo público, de las que no lo son. Asimismo, se analiza cómo el lenguaje audiovisual nos ofrece pistas para reconocer las normativas sociales mediante las cuales se normaliza e incluso se justifican estos hechos, garantizando la impunidad y la repetición de estos crímenes.

En el cuarto eje, el de la mediación de las representaciones culturales del Endriago para su exaltación y glamurización, están los restantes dos capítulos. Este eje, que corresponde a la modalidad de objetivación mediante la cual los sujetos se hacen sujetos del biopoder y el necropoder, empieza con el capítulo quinto, “Nazario Moreno: de capo de la droga a héroe dis-tópico”, de Citlali Mendoza. El objetivo del texto es analizar y describir la forma en la que el autor del libro *Nazario ¿idealista? ¿Renovador? ¿Justiciero? Usted juzgue* busca construir a un personaje heroico; para ello tomó como referencia las reflexiones de José Manuel Pedrosa, específicamente cuatro puntos que componen la lógica de lo heroico. Para ello se resitúan nociones como *capitalismo gore, necropolítica y sujeto endriago*. Este análisis no pretende hacer analogía de las acciones llevadas a cabo por Nazario Moreno ni por los grupos del crimen organizado, sino poner en duda la ionización de este tipo de personajes, así como cuestionar la masculinidad hegemónica que ha tenido grandes costes humanos en el marco de la guerra contra el crimen organizado.

Finalmente, en el capítulo sexto, “Glamour en las construcciones audiovisuales del narcotráfico: «El Chapo» en la serie de Netflix”, Tanius Karam Cárdenas reflexiona sobre la relación entre el Estado mismo y la caracterización que se hace de los narcotraficantes sobre su nivel de poder y alcance en sus acciones. El estado mexicano ha sometido al narcotráfico a una serie de explicaciones y estereotipos que, generalmente, la mayoría de los productos mediáticos reproduce en mayor o menor grado. Hacemos un breve comentario sobre la historia de algunas producciones audiovisuales para ver cómo han ido evolucionando algunos aspectos de su contenido. Se propone que muchas de las producciones audiovisuales reproducen esa perspectiva oficial y gubernamental de ver el narcotráfico como un mercado formado por poderosos carteles que luchan la plaza entre sí, lo que genera la violencia y atentan contra la fuerza del Estado. Como una mirada más particular y específica proponemos observar algunos aspectos del tratamiento audiovisual del que ha sido objeto quizá el principal narcotraficante mexicano, Joaquín “El Chapo” Guzmán. Se hace un resumen de algunos productos mediáticos y se observan las asimetrías y diferencias que hay en su tratamiento. Se reconocen las causas del éxito que estas narrativas suelen tener, el efecto de naturalización que hace a partir de abordar la dimensión afectiva de personajes que aparecen justificados y victimizados.

V. BIBLIOGRAFÍA

- AGAMBEN, G. (2009), *What Is an Apparatus? and Other Essays*, Stanford, California, Stanford University Press.
- CONNELL, R. (2013), “Hombres, masculinidades y violencia de género”, en CRUZ SIERRA, S. (ed.) *Vida, muerte y resistencia en Ciudad Juárez: Una aproximación desde la violencia, el género y la cultura*. Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte-Juan Pablos Editor.
- CONNELL, R. (2015), *Masculinidades*, México, PUEG-UNAM.
- COSTA, F. (2008), *El dispositivo fitness en la modernidad biológica. Democracia estética, just-in-time, crímenes de fealdad y contagio. Jornadas de Cuerpo y Cultura de la UNLP*, Universidad Nacional de La Plata. Memoria Académica, disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.647/ev.647.pdf.
- FOUCAULT, M. (1988), “El sujeto y el poder”, *Revista Mexicana de Sociología*, 50, 3-20.
- FOUCAULT, M. (2004), *The Birth of Biopolitics*, Nueva York, Picador-Palgrave Macmillan.
- KEMBER, S. y ZYLINSKA, J. (2015), *Life After New Media. Mediation as a Vital process*, Cambridge, Massachusetts, The MIT Press.
- MBEMBE, A. (1995), “Figures of the Subject in Times of Crisis”, *Public Culture*, 7, 323-352.
- MBEMBE, A. (2011), *Necropolítica*, España, Melusina.
- MBEMBE, A. (2016), “The Age of Humanism is Ending”, *Mail & Guardian* [Online].
- OROZCO, G. (ed.) (2016), *TVMORFOSIS. La creatividad en la era digital*, México, Tintable.
- PRASSL, J. (2018), *Humans as a Service: the Promise and Perils of Work in the Gig Economy*, Nueva York, Oxford University Press.
- ROSE, J. y Spencer, C. (2016), “Immaterial Labour in Spaces of Leisure: Producing Biopolitical Subjectivities Through Facebook”, *Leisure Studies*, 35, 809-826.
- SAIDEL, M. (2016), “La fábrica de la subjetividad neoliberal: del empresario de sí al hombre endeudado”, *Pléyade*, 17, 131-154.
- VALENCIA, S. (2018), “Psicopolítica, *celebrity culture* y *régimen live* en la era Trump”, *Norteamérica, Revista Académica del CISAN-UNAM*, 13:(2), julio-diciembre, versión Ahead-of-Print.
- VALENCIA, S. (2010), *Capitalismo gore*, España, Melusina